CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA.

ESCENAS DE CAMPAMENTO.

PRECIO: 4 RS.

S. H. G.

MADRID.—1860.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de Pelayo, núm. 26.

ESCENAS DE CAMPAMENTO.

APROPOSITO EN UN ACTO,

ORIGINAL Y EN VERSO,

DE

DON PEDRO NICETO DE SOBRADO.

Estrenado con aplauso en el Teatro del Príncipe, en celebridad de la toma de Tetuan, la noche del 10 de Febrero de 1860.



MADRID.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ.

Pelayo, 26.

1860.

AL SR. D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

V. lo ha dicho, amigo mio : «estimulamos á nuestros hermanos en Apolo á que recolecten las historias, los cuadros, los paisajes, las consejas, las melodías, los usos y los modismos de las provincias de España, y las consignen en albums, en libros, en óperas, en lienzos, en fotografias y en grabados...» y yo, que no sé hacer más que borrajear estos cuadritos; yo que soy tan entusiasta como V. de todo lo que atañe á nuestra nacionalidad; yo, á quien otras pícaras atenciones me impiden acompañarle, y tomar parte en la lucha que nuestro sin par ejército sustenta en Africa con tanta gloria, yo quiero obedecer á V., y consignar en este Apropósito, *algo de lo que V. aconseja; de modo, que indirectamente es V. responsable de este mi atrevimiento; sufra V. por ende, la pena, y sírvase aceptar este recuerdo que le dedica quien en mucho le tiene, obedece y aprecia y B. S. M.*

PEDRO NICETO DE SOBRADO.

PERSONAGES.	ACTORES.
JUANA.	Sra. Zapatero.
ROSA.	Sta. D.ª Concepcion Ruiz.
TIA CULEBRA.	Sta. Valverde.
MIS CLARISA.	Sta. Guijarro.
AYUDANTE.	D. Manuel Catalina.
SARGENTO LARA.	D. Mariano Fernandez.
MISTER BROWN.	Sr. Infante.
D. PEPITO.	Sr. Villena.
EL CABO PEREZ.	Sr. Iroba.
UN GUARDIA CIVIL.	Sr. Rodriguez.
CANET, *soldado de ingenieros.*	Sr. Sunyé.
SALCEDO. *id. de cazadores.*	Sr. Guzman.
LORENZO. *id.*	Sr. Molina.
UN RANCHERO, *id.*	Sr. Bibiloni.
SOLDADO 1.º *de id.*	Sr. Calvo.
SOLDADO. 2.º *de id.*	Sr. Serrano.
UN NEGRO, *de la guardia marroquí.*	
UN RIFFEÑO.	
TOM, *groom de Mister Brown.*	

Soldados, paisanos, acompañamiento, bailarines etc.

ACTO ÚNICO.

Campamento del Serrallo.—Varias tiendas de campaña practicables á derecha é izquierda.—Oyese el toque de diana en diferentes puntos, por charangas, cajas y cornetas.—Una música de cuerda pianísima que vá sonando gradualmente, anuncia el crepúsculo, y la salida del sol.—Varios soldados armados van saliendo á la escena, y entrando en las tres ó cuatro tiendas que hay en ella. Una cantina surtida de varios comestibles, pipas, barriles, etc. en el fondo del escenario. La Tia Culebra vá disponiendo todo lo necesario para el despacho de sus provisiones. Rosa sentada en un banco, soñolienta y medio envuelta en un manton.

ESCENA PRIMERA.

TIA CULEBRA.—ROSA.

CULEBRA. Vamos... hoy no hay ofesina
si tan pronto no espierto.
En echándote á dormir,
aunque venga abajo el sielo,
náa... ¡y cudiao con la noche!
entre la lluvia, los truenos,
la resaca é la mar,
los relámpagos, el viento...
sa armao una orqüestra, que
los moros que ván muertos

habrán podío bailar,
en los profundos infiernos.
¡Chiquiya, espierta! ¡Vamos!
¡mardito sea el babeo!

ROSA. Y qué tiene ahora que ver...

CULEBRA. Que te estás intritiniendo
con ese morral tres horas,
y no te ispiertas luego.
Mira á ver si se han mojao
en la trastienda los géneros.

ROSA. No sa mojao náa.

CULEBRA. ¡Vete!

ROSA. Dale, mare, que no quiero.

CULEBRA. Tan bien mandáa eres tú
como tu padre.

ROSA. Ma alegro,
porque mi padre era un santo.

CULEBRA. ¡De pajares! ¡Qué sosiego
que me dejó en este mundo!

ROSA. Deje usté al difunto quieto:
¡asin me yevase á mí!

CULEBRA. ¿Quién? ese cabo rondeño,
no es verdá?

ROSA. ¡Quiá! no señora.

CULEBRA. Qué... ¿tenemos ya relevo?
(Figurando tocar el bombo.)
¿El chum, chum?

ROSA. Dale... tampoco.

CULEBRA. Aquel ordenansa...

ROSA. Menos:
es arma facurtativa.

CULEBRA. Vamos... aquel artiyero
tan guason, que el otro dia
se comió medio cordero,
y que al pagar disputaba
que era una pata é conejo.

ROSA. ¿Yo artiyera? no señora:

si á mí masusta el estruendo.

CULEBRA. Pos qué... ¿es de Estao mayor?
chiquiya, vas asendiendo
como la espuma: ¡canela!
¿Alevantas planes? güeno:
y en esos no hay garrapata;
serás tinienta, lo menos.
A ver si nos alevanta,
y ejamos er comersio.

ROSA. Si no lo ha é saber osté.

CULEBRA. Rosita... tú quiés meneo,
y si te cojo del moño,
vas á ajojifar er suelo.
¡Mala sangre!

ROSA. Pos mejor...
yo con osté no me meto.

CULEBRA. (Dándola de bofetadas.)
¡Endina! ¡esvergonsáa!

ROSA. Mare mia el Consuelo...
¡que me matan!

ESCENA II.

DICHAS, *y* VARIOS SOLDADOS, *que asoman la cabeza por la parte inferior de la tienda, figurando que están acostados.*

PEREZ. ¿Hay jaleo?
Vaya, que trempano empiesan.

SALCEDO. ¿Qué diablus están haciendu?
mujer... deje á esa muchacha.

UN SOLD. (Dentro de la tienda.)
¡Atiza!

PEREZ. Señá mochuelo,
qué ¿tiene porvo la niña,
y se le está sacudiendo?

CULEBRA. Si no juera que mirára
que están estos cabayeros

aquí... (A los soldados.) No es náa, muchachos;
es la niña...

PEREZ. Ya entiendo;
ende ayer mañana acá,
habrá mudao é dueño.

ROSA. Yo hago de mi manto un sayo:
¿lo sabes?

PEREZ. Vaya; m'alegro:
¿la han nombrao á osté Ispetora?
vasté revistando cuerpos
que es un primor. ¡Caracóles!
Ende la Reina á Farnesio;
ende Barbastro á Madrid;
ende Borbon á Toledo...
artiyería rodáa,
húsares y coraseros...
solo farta...

ROSA. ¿Qué me farta?
vamos, ¿qué estás ahí disiendo?

PEREZ. Que solo la farta un moso
del cuerpo d'Alabarderos.

ROSA. Sí? Pos mire osté lo que es
el hablar sin entenderlo.
Si no ha dao osté en el *intem*.

SALCEDO. Vamus á ver: dejen esu:
siempre están con tunterías
de si me quieres, te quieru;
de que si tú me has dejadu,
de que si yo á tí te deju...
más valiera que la niña
no se apartára del puestu,
que ha mudadu ya más novius
que camisones.

PEREZ. Es sierto:
has hablao como un libro.

SALCEDO. Y tú tambien estás lelu,
sin mirar que el mejor dia

te deja una bala tiesu.
A mí díjome mi madre
y el señor cura del pueblu,
que en la guerra es menester
semplificar los afeutos,
encomendarse á la Vírgen,
y apretar los puñus.

PEREZ. Güeno:
no sabia yo que tú
eras tan güen misionero.
¡Predicaor con vigotes!

ROSA. ¡Ay, qué risa que dá el verlo!

SALCEDO. ¡Gurrina! tenga más modus.

ROSA. ¡El demonio del gallego!

CULEBRA. ¡Rosa!...

ROSA. Pus que no se meta...

PEREZ. (A Rosa.)
Caya: (A Salcedo.) Oye tú... malagueño:
en gorviéndote á meter
con eya...

ESCENA III.

DICHOS *y* CANET, *soldado de ingenieros.*

CANET. (Acercándose á la cantina.)
Tíngalos buenos:
una micha de aguardiente.

ROSA. (Sirviéndole.)
Anisao... de lo supremo.
¿Quiere osté una mantecáa?
¿va osté al trabajo tan presto?
¿ha tomao osté café?
Mare... ¿ha puesto osté el puchero?
¿sa enjugao osté la ropa?
¡Ay qué noche! ¡si está osté hecho
una sopa, criatura!

CANET. No importa... mare de Deu!
ya si sacará el capote
en el traball, que tinemos
il corpo los valensianos
más retemplat que el asero.

PEREZ. (Saliendo de su tienda: á Rosa.)
¿Y no tendrá osté café
para un amigo, salero?

ROSA. ¿Pos no le han traído toavía?
Vaya, que en su regimiento
son ustés mú peresosos.

PEREZ. Ya le traerán los rancheros,
pero me gusta el de aquí
mucho más que no el del cuerpo.

ROSA. El de aquí no güele bien.

PEREZ. ¿Que no, niña?... ya lo güelo...
por la olor estoy sacando
que tiene osté mucho asierto...
que es osté facurtativa.

CULEBRA. (Desde dentro de la cantina.)
¿Qué es eso? ¿nuevos enredos?
vamos... ya caigo... ¡bribona!

PEREZ. (A Canet.)
Jágala osté un parapeto,
moso rubio.

ROSA. Si está osté
balando como un borrego.

PEREZ. Quién... yo? no lo crea osté;
lo que yo tengo es canguelo
de los sarpaores... miste...

CANET. Lo que yo voy antendiendo,
es que vosté parla mucho.

CULEBRA. ¡Ay Jesús! ¡ya la tenemos!..
¡ay qué pícara, señor...
que me está comprometiendo
todos los dias!

SALCEDO. (Sale de su tienda y se dirige á la cantina.)

Señóra,
¿no vinu el cabu carteru
anoche?

CULEBRA. Anoche ha venío;
y yo le pagué el correo,
porque llegó muy cansado
y se retiró al momento.
¿Donde está el paquete, Rosa?
¡Rosa!

(Rosa está entretenida con Canet.)

¿Qué estás ahí haciendo?

(Rosa toma un paquete de cartas que habrá sobre el mostrador.)

LORENZO. (Sale de su tienda y dice á Rosa.)
¿Tengo carta de mi padre?

ROSA. (Leyendo sobres.)
Yo no sé... tampoco... menos.
«Juan Paez... Pedro Fernandez...
«Nicasio Lopez... Luis Feo...»
(A Perez.)
¿Es esta pa osté?

PEREZ. No sé:
vaya que tiene osté *ingenio*
pa poner motes... ¡canario!
dende que en casa tenemos
el za-pa-pi-co...

LORENZO. A ver, lea.

ROSA. (Leyendo.)
«Para mi chiquio... Barbastro.»

LORENZO. Ahí está... (Cogiéndola.) venga corriendo.

ROSA. A tal padre, tal...

SALCEDO. Despache.

ROSA. Hombe... ¿ya te farta tiempo
para saber de la novia?

SALCEDO. No la importa si la tengu.
¡El diablo de la tontuela!

ROSA. (Leyendo.)
«Domingo Lopez Salsedo.» (Se la dá.)

PEREZ. Ya te he dicho que á esta mosa
se la trata con respeto.
CANET. En esa dona, nenguno
mana mes que un ingeniero.
PEREZ. Lo que es osté no me dise...
CANET. Yo digo que es vosté...
LORENZO. (Interponiéndose.) Quietos,
ó les sacudo un mamporro:
aquí razon yo no veo
pa indisponersen dos hombres
por tan poco más ó menos.
Estas demonios de gatas,
cuando llega el mes de Enero...

ESCENA IV.

DICHOS *y* JUANA, *cantinera militar.*

JUANA. Buen dia tengan ustés.
(A Canet.)
Podia yo estar más tiempo
asperando... ¡vaya un paso!
¡no es usté poco ligero!
Pus qué, ¿tiene esta cantina
para usté algun previlegio?
ROSA. Grasiosa... es que tengo yo
que hablar con este sugeto.
JUANA. ¿De cuando acá el güen señor
gasta tantos cumplimientos?
¿La vesita á usté?
ROSA. A mí no:
¿por qué?
JUANA. Queria saberlo
pa enviarla yo tambien
targeta.
ROSA. ¡Ay!.. no lo consiento,
mare mia.

JUANA. Es que en Madrí
esa costumbre tenemos.
ROSA. Y á mí ¿pa qué?
JUANA. Pa icirla
que yo tengo mú mal génio,
y que en toa la Andalucía
no sé que haiga, por lo menos,
una mujer que me dé,
voy al dicir, sentimientos
por un hombre, porque yo
al mesmo sol doy un tiento
con la pluma de Albacete;
y si usté quisiera verlo
práticamente, se viene
aquí... á la playa, y veremos
quién se yeva el gato al agua...
es dicir, el ingeniero.
ROSA. A mí... empapélele osté.
JUANA. Pus deje usté al hombre quieto.
ROSA. Y si le gustan mis ojos.
JUANA. Le haré un regalo con eyos...
se los sacaré yo entonces...
ROSA. ¿Con la pluma?
JUANA. (Lanzándose sobre Rosa.)
Con los deos...
SALCEDO. (Tirando de una.)
¡Demoniu! quietas... ¡demoniu!
LORENZO. (Tirando de otra.)
Así... quítalas de enmedio,
chiquio: vayansen ustés
á la obligacion.
ROSA. No quiero,
que ha e saber esa daifa
que á mí nenguna ma puesto
la mano ensima...
JUANA. Chitito.
PEREZ. (A Canet.) Como usté trabaja é sapa

ha hecho un camino cubierto.
para yegar jasta aquí.

Rosa. Perez, estate tú quieto.

Canet. Ya mi tiene á mí vosté
mes rostido que un guñuelo:
pos sepa que tingo yo
una dona allá en Murviedro,
que vale mes...

Perez. (A Rosa.) Lo vé osté?
¡calabasas! yo me alegro.

Rosa. (A Canet.)
Pos arrastrao...

Juana. (A id.) So endino...

Rosa. ¿No me has dicho...

Juana. Y usté mesmo...

Culebra. (Acudiendo á las voces.)
¡Picarona!... todavía?...
te voy á romper los huesos.

ESCENA V.

Dichos, *y un* GUARDIA CIVIL.

Guardia. ¿Qué bulla hay aquí, señores?
¿por qué alborotan? ¿qué es esto?
¿quieren escandalizar
en medio del campamento?

Rosa. Es que esa mujer...

Juana. Mentira.

Rosa. Dise que yo...

Juana. No he dicho eso.

Perez. Vá osté á saber la verdá:
ese... sarpaor...

Guardia. Dejemos,
cabo de escuadra, de dar
al soldado mal ejemplo.
Sírvase usté retirarse

á su tienda: usté, ingeniero,
á su trabajo; y ustedes
á leer sus cartas.

CULEBRA. Me alegro
que el señor sevil...

GUARDIA. Señora,
disponga usté sus efectos,
y evite en lo sucesivo
tales disgustos.

LORENZO. Ya es tiempo
de que nos traigan café.

GUARDIA. Ya lo traerán.

PEREZ. (Indicando convidarle.)
Tomaremos...

GUARDIA. Mil gracias, cabo de escuadra.

CANET. (Ofreciéndole un puro.)
Un cigarro.

GUARDIA. Lo agradezco,
y más agradecería
que ustedes fuesen tan buenos,
que se estrecháran la mano.

PEREZ. (Presentándosela á Canet.)
Osté quiere?

CANET. (Estrechándosela.) ¡Ohe, si quiero!
que los homes nunca deben
por las donas ser tan nésios,
que se endispongan.

PEREZ. (A Rosa.) Salero:
en cuanto lo manda un Guardia,
no hay más recurso... obedesgo.

ROSA. Si tengo en la saniáa
cuando quiera, repuesto.

CANET. (A Juana.)
Y no se ricorde mes...

JUANA. Si te vide, no ma acuerdo:
¡á mí con esas... puñales!
nunca he tenío yo génio

del aquel de horchata é chufas.
¿Si pensará don Tadeo?..
arrepuraitamente
en la calle de Toledo
de Madrí, tengo dos mozos...
lo cual uno es zapatero,
vamos al dicir, artista;
otro vende hierro viejo...

CANET. ¿Y entonces, por qué ha vengut?

JUANA. ¡Miste el hombre!... porque quiero;
porque yo soy patriótica,
y quiero ver á Marruecos,
y he empleao cuatro cuartos
para ver si lós aumento;
y cuando ha yegao el caso...

GUARDIA. Sí señora; ya sabemos
que es usted una heroina,
y por lo mismo la ruego
que evite con su presencia
disgustos. (Quitándose el sombrero.)

JUANA. Lo haré corriendo,
porque con tan güenos modos
cede el hombre más soberbio.

ESCENA VI.

DICHOS *y dos soldados*; RANCHEROS *que traen una marmita con café y un cucharon apropósito.*

RANCHERO. ¡Café caliente!

LORENZO. Corriendo.

(Varios soldados salen de las tiendas con sus vasijas y á los que sirven los rancheros.)

RANCHERO. No se ha tomado más rico
en el *Suizo*, en el *Recreo*,
en la *Vizcaina*...

LORENZO. (Que ha entrado en su tienda; presentando su vasija.)
Hasta arriba...
echa, chiquio... más... más lleno.

RANCHERO. No... como te le llenáran
te sorbias un caldero.

(Salen los rancheros, y los soldados vuelven á sus tiendas.)

GUARDIA. Ea; á saber cada cual
de sus familias, sus deudos,
que me parece que pronto
á España nos volveremos
vencedores de los moros,
con honra...

LORENZO. ¿Pues qué hay de nuevo?

GUARDIA. Ha dos horas que las anclas
echó un vapor en el puerto,
con rumbo de hácia Levante:
gritaban los marineros,
Viva España: el capitan,
saltando en tierra al momento,
fué á ver al Gobernador,
y no sé... pero sospecho
que vamos á celebrar
un fausto acontecimiento.
Adios, señores: confio
en que ustedes...

TODOS. Nada.

GUARDIA. Bueno. (Saluda y se marcha.)

ROSA. (A Juana.)
Y usté se entra en la cantina,
que voy á haserla un osequio.

JUANA. Hija... ya nos saldrán otros;
no es mucho lo que perdemos.
Y la fortuna que tiene,
digo, yo digo á lo menos,
que naide podrá alabarse
de qué Juana Ortiz...

ROSA. Lo mesmo

la digo yo á osté, grasiosa;
palique náa mas.

PEREZ. (Aparte.) Te veo.

CULEBRA. (A Rosa.)
Te he de poner una calsa.

JUANA. ¿Y por qué? usté allá en sus tiempos,
tampoco seria... aquel.

CULEBRA. No señora... (Ap.) ¡Ay!... ¡yo lo creo!
(Se entran en la cantina.)

ESCENA VII.

DICHOS, *menos* LA TIA CULEBRA.—JUANA *y* ROSA.

LORENZO. (Presentándole la carta.)
Cabo Perez, ¿quiere leerme,
que á mí me estorba lo negro?

PEREZ. Con mucho gusto.

SALCEDO. (A Canet.) Y á mí.

CANET. Dame, chec, á ver si asierto.

PEREZ. (Leyendo.)
«*Monton...*

LORENZO. *Monzon.*

PEREZ. Asin dise.
«Monson, á treinta de Enero:
»Querido hijo: saberás
»que te aconseja tu abuelo,
»pues sabes pertenesió
»al ejérsito del sentro,
»pues le mandaba Odonél,
»que te portes con denuedo
»como él se portó. A tu madre
»la han salío tres liviesos
»de pensar en tí...

LORENZO. (Jipando.) La probe...

PEREZ. No yores.

LORENZO. Siga leyendo. (Perez sigue leyendo bajo.)

CANET. (Leyendo.)

«Enero y sesenta y dos...
»veinte y seis... de mil... *Perrero.*»

SALCEDO. *Pereiru.*

CANET. Sí... es veritat...
«Querido fiju: me alegro
»que al resibo de estas lletras
»tengas serrado el bujero...

(Mira á Salcedo, y este le hace señas de que continúe.)

»de aquella bala de marrás.
»Dales á los moros tiesu,
»como facía Santiagu.
»No escatimes el pelleju
»cuando se trata de España...

SALCEDO. ¡Viva España! no, no puedu
contenerme...

CANET. Home, si ploras...

SALEEDO. Si yo no lloru, rebientu:
las jumias de los morus
no me asustan, pero luegu
que escuchu hablar á mi madre
al instante me enternezgu.

(Sigue leyendo bajo Canet.)

PEREZ. (Alzando la voz.)

«Tu hermana se vá á casar
»con el hijo del Mochuelo...

LORENZO. (Riendo.)

Es más tozudo que un mulo...
siga, pues.

PEREZ. «Te recomiendo
»que al peleate con los moros
»la rezes un Padre nuestro
»á la Vírgen del Pilar,
»y al Santo Cristo é la Seo
»una salve: pues, adios,
»y que te mantengas bueno;
»pues lleva siempre á la Vírgen

»con devocion en el pecho...

LORENZO. Aquí vá siempre, y me libra
hasta ahora de too riesgo,
y el balazo que llevé
se me curó en el momento.

(Perez sigue leyendo bajo.)

CANET. (Alzando la voz.)
«Las vacas de tus hermanas
»han parido dos becerrus...

SALCEDO. (Riendo.)
¡Qué broma que habria en casa!
estarian tan contentus...

CANET. «Tu hermano ha querido ser
»provincial de Mondoñedo,
»voluntariu... y si le dejan,
»satisfechus quedaremus
»de ver que mis fijus son
»buenus y honradus galegus,
»que pelean por su patria.
»Recadus de don Anselmu,
»del señor Cura, Pepon,
»del cerujano, el barbero...

(Continúa leyendo bajo.)

PEREZ. »Y mimorias de tu madre,
»de *Pansa-negra*, del Tuerto,
»y de todos: pues no escribas
»si acaso estuvieres muerto.
»Tu padre que te lastima...
»que te estima mucho. Pedro.
»Posdata. Dí al General
»que aquí con gusto leemos
»que quiere mucho al soldado,
»que es valiente, y es discreto;
»pues dale mimorias, chiquio;
»pues Dios te guarde, Lorenzo.

(Sigue hablando con Lorenzo.)

CANET. «Non bebas muchu: non juegues;

»ten siempre mucho respetu
»á los mandones; non cedas
»á nengunu nunca el puestu,
»y reza todus los dias
»á la Vírgen del Consuelo,
»que asi le tendrá tu madre
»esperando tu regreso.
»¡Ojalá que sea prontu!
»Adios, que te guarde el cielu.
»Posdata. Las udaliscas
»son el demoniu; con tientu,
»fiju, que no te seduzgan.
»Tu madre, Dominga Reciu.»

PEREZ. (Devolviendo la carta.)
Vaya; sea enhorabuena.

CANET. (Idem.)
Ché, las notisias selebro.

UN SOLDAD. (Saliendo en chaqueta de abrigo.)
Cabo Perez, tendrá usté
para echar aquí un remiendo
á esta camisa?

PEREZ. No tal.

SOLDADO. Pues cortaré de un pañuelo
un peazo. (Se entra en la tienda.)

OTRO SOLD. (Que sale tambien de su tienda.)
Tú... (A Lorenzo.) ¿Querrás
hombre, cortarme este pelo?

LORENZO. Corriente: te esquilaré.

SOLDADO. (Reconociéndole.)
Ah... no, porque ahora recuerdo,
que sacaste una tajáa
á Bartolomé Cerezo...
Anda, y que ten den morcilla. (Se entra en su tienda.)

LORENZO. ¡Toma el otro, y qué mastuerzo!
Chiquios... (Mirando á la derecha.) ¿Qué gente es aquella?
aquí se vienen derechos.

SALCEDO. Han salidu del Serrallu

hace ya un pocu de tiempu.

LORENZO. Y aquel... el sargento Lara...

SALCEDO. Verdad es... es el sargentu
tan hablador, que curóse
en Algeciras lo mesmu
que nusotrus. ¡Cómu charla!

LORENZO. Pero es muy guapo sugeto:
mu franco, mu campechano,
y tiene gran metimiento
con tóos los gefes.

SALCEDO. Sí,
y quiérenle con estremu.
Tambien salen de la tienda
del fiscal, esos fantasmas
del demoniu.

LORENZO. ¿Los moritos?

SALCEDO. Hombre, sí, los prisionerus;
y déjanlos andar solus.

LORENZO. Con un cevil; no haiga miedo
que se escapen, sobre todo
la morita, y esos feos
del diablo... ¡qué señorita!...

SALCEDO. Y mira qué caballerus.

ESCENA VIII.

DICHOS: MISTER BROWN, MISS CLARISA, DON PEPITO; *muchachos y jóvenes de Ceuta.*—TOM, *groom de* MISTER BROWN, *con un cajon de cigarros, y una cesta con botellas de vino.—El sargento* PEDRO LARA.

LARA. Ea, ya estamos aquí:
verán ustés el campo
de la devision primera...
¡la batayaora!... vamos...
asin yama el General

á estos valientes sordaos.

(Reparando en Lorenzo y Salcedo.

Hola, chicos, ¿cómo vá?

SALCEDO. Tan buenus, á su mandado.

LORENZO. Siempre pa servile.

LARA. Grasias.

(Al inglés.)

Dos fieras son los muchachos.

MISTER. ¿E... morden?

LARA. Quiero isir,
que son los chicos mú bravos.

(A los soldados.)

Ma icho el Gobernaor
que les enseñe el Serrallo,
y el campamento... en fin... tóo.

(Durante la relacion de Lara, los ingleses van de uno á otro lado reconociendo el pais. Don Pepito dispone un anteojo de larga vista y examina asimismo el campo.)

En Seuta yo soy el amo,
y aquí, y en los demas Cuerpos;
como tengo esparpajo,
me he batío como un hombre,
y he sufrío dos balasos,
y cáa dia es más grande
el aquel y el entusiasmo
de Perico: este galon
y estas dos cruses me han dao.
Tóos los gefes me quieren,
y si un momento les farto,
están siempre repitiendo...
«Pedro arriba, Pedro abajo...
»Mira, que te vas á Cáis
»por camisas... por sapatos.—
»A Málaga, Periquiyo,
»vés á por unos encargos
»de las familias, y güerve
»trayendo los voluntarios.»

A Argisiras, á Alicante,
al campamento, á este lao,
al otro.—Si hay sarrasina,
con las guerrillas me largo,
quemo dos ó tres paquetes
y dos ó tres moros mato,
y á Seuta con la rempuesta.
A los cuatro dias sargo
para el Norte, pa Levante,
para el Sur, para el Ocaso...
siempre estoy en movimiento,
y nunca jamás me canso.
Y luego esta habeliáa
que yo tengo... que sé, y hablo
un poco é cáa lengua,
y como tengo este agrao,
llega cualquier estranjero...
«A Periquiyo, llamalo.—
»Acompaña á estos señores
»de intrépete...»—Voy volando,
y como tengo en er deo
lo que aquí sa trabajao,
y estoy en antesedentes,
y como conosgo á tantos
Generales, Brigadieles...
y ya sé toos los pasos,
ende el boquete d'Anghera
jasta Tituan, acompaño
á Milores y á Monsures,
á Eschelensas, á Fidalgos...
les cuento los pormenores,
y las notas, y los tratos
del Emperaor marrueco,
de Muley-Jabas, su hermano,
y toos quedan contentos,
y se güerven enteraos.
Me osequian... no con dinero,

que en España á los sordaos,
grasis á Dios no les farta...
lo que aquí sobran son cuartos;
pero ya este pañueliyo
de London; ya los sigarros;
ya unas boteyas é vino
de Burdeos (que es mú agrio),
de Champaña (tóo es espuma
aluego del taponaso...)
hombes... lo que es de targetas,
tengo, asin, dos ó tres masos
con señas é los señores;
de modo que si yo viajo
por Ingalaterra, Fransia,
Alimania, los Ducados
de Fuchingen y Lumbergen,
por los Rusos, los Polacos...
ni cama onde ormir,
ni casa, mesa, ni trato
me ha de fartar; y por fin,
me ven prudente, y que no hablo
más que cuando es menester.
Vaya, los voy cautivando;
tóos se hasen mis amigos,
y tóos me dan la mano...
¡Vivan los niños que nasen
con este esembaraso!

CANET. (Aparte.)
¡Mare de deu, siñor,
lo que ha parlat sin descanso!

SALCEDO. (A Lorenzo.)
¡Cómu raja!

LORENZO. (A Salcedo.) Ña que lleva
un cuarto de hora charlando.

(Durante la anterior relacion, los ingleses han ido examinando los diferentes puntos de vista que se observan desde la escena.)

MISTER. Tiempa prontamente pasa.

LARA. ¿Pasas quiere? de contao...
(Dirigiéndose á la cantina.)
¡Culebra! ¿tienes ahí pasas?

MISTER. Oh... no... Miss no quiere pasos,
Cicerone.

LARA. ¿Chicharrones?

MISS. Tampoco: está much prendado
d'Ispania. Quiere ver... tipas.

LARA. ¿Tripas? (A los soldados.) ¡Qué gustos más raros
que tienen estos ingleses!
(A Mister.)
Cuando á la sudiá gorvamos
iremos al matadero.

MISTER. Quiere ver... *to dance*... fándanjos,
é pastañuelos.

LARA. Corriente;
verá osté qué pronto armamos
una aquí, que hasta las piedras...

MISTER. Mí quiera que estos jabanos
fuman... Tom! *Open* la caca.

(El Groom abre la caja y reparte cigarros á los soldados, y muchachos paisanos.)

MISS. ¡Oh! sí.

LARA. (Al oir la última palabra del inglés, se echa las manos al vientre y dice.)
Vamos... le habrá dao... (Viendo repartir cigarros.)
y yo no sé... por aquí...
¡Toma lo ije... un regalo!

MISTER. Gustar much il ispaniol;
discret, *joiful*, é much bravo.
Mí haber estado á Crimea,
é mí ver valientes *zuavos*...
viecos... de Argelia aprender
uno, é dos é muchos años.
Mí tambien India marchar,
é mí ver *english*, cipayos
valerosas, é no ver
tan... prontamente soldados.

LARA. Por aquí, ende el prensipio;
apenas esembarcaron,
se batian los recultas
que en su vida ispararon
un tiro; ende el primer dia,
lo mesmo que unos alános
se tiraban á los moros;
y misté, que hasta bocaos
daban á los artiyeros
aqueyos fieros morasos;
pos náa, no s'asustaban,
y á tiros, bayonetasos,
con las uñas, con los dientes,
se batian los muchachos.
Señó, en los Castillejos
dos escuadrones cargaron
d'húsares, que les yamaban
monigotes... renacuajos...
chavales: dos mil cabayos
tenia la guardia negra,
compuesta de unos negrasos...
asin... y la infanteria,
veinte mil... qué sé yo cuantos!
toca á degüeyo er clarin;
meten espuelas ¡canario!
¡jasta el mesmo campamento
de Muley-Jabas colaron!
Cogieron un estandarte
amariyo... náa... un trapo
viejo...! qué... si son quinientos...
hombre... se traen jasta el jato
del mesmismo Emperaor,
y de Majoma el sancajo.

LORENZO. Y ha sío un aragones
el que cogió aquel guiñapo.
Y el primero que esta tierra
con su sangre la ha regao,

de Huesca.

LARA. Es verdá.

LORENZO. Y matóle al moro.

LARA. Cabales. Tambien verdá.

LORENZO. (Muy satisfecho.)
Pues los dos son mis paisanos.

MISTER. Mí leer periódicas, mí,
é mí ver sublimis rasgos
de valor... de patriotisma,
é mí disir «Hija, vamos
en el *Yat* á ver...»

LARA. ¿Papeles? Uno están dando
en Gribartá, que á mentir
nenguno le habrá ganao.
Siempre toma er gran endino
por las hojiyas el rábano...
Ya isen que es otra cosa;
paese que se ha enmendao.

MISTER. Escribidores... ¡gran tontas!
Spánioles no hacer caso.
Apretar much la spada,
venser vos mayometanos,
é ocupar pronto la Spania
como digna, un grande rango
entre Europa.

LARA. Caballero...
¿me quié osté dar esa mano?

MISTER. (Alargándosela.)
Toma.

LARA. ¡Vaya un español...inglés!

MISTER. Cália un poca.

LARA. Callo.
(Ap.) No paese sino que
toito yo me lo jablo!

MISTER. De London venir á Cádis,
á Seuta, é mí haber yo dado
guineas por los heridas;

é mí de caminar trato
á Tétuan.

LARA. Pos mire osté:
ya no es cosa é pensalo,
porque de un momento al otro...

SALCEDO. ¡Y aqui nusutrus estamos
sin hacer nada!

CANET. Pos yo,
el millor dia m'ascapo,
perque yo soy inqueniero,
y quiero entrar al asalto,
que á brincar naide me gana,
que yo trepo como un gato:
como yo pueda, el primero
ha é ser un valensiano.

LORENZO. Y los demas, ayunar...
¡maldecío sea el diablo!

LARA. (A Mister.)
¿Lo oye osté? perros é presa,
que aquí los tienen ataos.

MISTER. Bono, bono...! mocho bono!
(Al groom.)
Tom!... botelias... beber tragos.

(El groom ayudado de su amo, sirve vasos de vino de Jerez á los soldados, que manifiestan con señales de aprobacion, la escelencia del vino.)

D. PEPITO. (Ha estado examinando largo tiempo con su anteojo la sierra-Bullones, y tomando apuntes en su cartera.)
Pues señor... como pensaba:
diga usted, señor soldado.

LARA. Mándeme osté, señorito.

D. PEPITO. Observo que están más bajos
los reductos que los montes.
Y estas tiendas... y aquel flanco...
¿Y no hay más reductos que esos?
Cuál es aquel... de allá abajo?

LARA. (Hace como que señala.)
El de osté... es el de las monas.

D. Pepito. No veo aquí mucho tacto.
¿Y en ir desde aquí á Tetuan
cerca de un mes se ha empleado?
Cuando con dos ó tres dias...
detenerse á cada paso...
y perder gente: esta guerra,
mal, muy mal se ha organizado.
Ni se ha debido emprender,
pero en fin, se hizo: escusado
fuera oponerse... yo hubiera
hecho rumbo al Occéano,
y á Rabat, Tanger, Salé...
los hubiera ametrallado,
sin derramar tanta sangre,
y sin hacer estos gastos.
(Mira con el anteojo.)
No me equivoqué... lo veo...
malo, malo... malo... malo.

(Lara le mide con la vista; se quita y vuelve á ponerse la gorra; tose, escupe, y por fin dice:)

Lara. Puede que sea verdá...
tendrá osté rason.

D. Pepito. Es claro.
¿Y es esa senda el camino
en que tanto han trabajado?
Pues hombre, por esos montes
hubiera yo hecho un atajo.

Lara. Es verdá... si están más lisos
que la parma é la mano...
¿Es osté argun general?

D. Pepito. No, amigo: soy mayorazgo.

Lara. Ya.

D. Pepito. Se empeña la nacion,
se gasta el último ochavo;
el disgusto vá en aumento;
se suspenderán los pagos,
y vendrá la bancarrota...

pues señor, vamos andando.
LARA. Y viene osté...
D. PEPITO. De Madrid:
temerario por gusto soy,
y dije: «al Africa voy,
que no lo hacen más de cuatro:
voy á escribir un folleto.
LARA. Señor... no soy abogado,
ni precuraor de naide,
pero digo, sin embargo,
que ni osté sabe qué es guerra,
ni constansia, ni trabajos...
por no isirle otra cosa.
A osté ya le habrán sacao...
(Denota con la accion sacar dinero.)
D. PEPITO. A mí no, no...
LARA. Y digasté:
¿no ha sabío usté ya er caso
de que habiéndonos pedío
lo menos cuarenta y cuatro
miyones... (que ha estao fino
pedirnos ahora este atraso)
á toca-teja... al instante
ya los hemos entregao?
Pa semejante pellisco,
solo er pueblo gaditano
dijo: ¿«Qué se nesesita?
«¿pagar esa cuenta? andando,
»vengan aquí cobraores,
»y el resibo; ¡fuera sánganos!»
D. PEPITO. ¡Cádiz! ¡Cádiz! se exageran
las cosas, y luego...
LARA. (Aparte.) Vamos;
A este le voy yo á arrimar
tan sierto como me llamo...
un tute...
D. PEPITO. ¡Andaluces! ¡Cádiz!

su comercio está arruinado.
LARA. Pos ahí verá osté on, Lesmes!
¡en el mundo soberano
no hay pueblo como ese! Culto,
generoso, hospitalario... (1)
Hombe, si Dios le formó
de los demás separado,
y puso ayí unas mujeres,
que de grasia son un pasmo,
y unos hombres, que hasta ayí!
y lo ise un seviyano,
que siempre... en otras custiones,
no caminan que igamos...
pero al hablar de la patria
las quisquiyan s'acabaron,
y los unos y los otros
como si fueran hermanos.
¿No ha visto osté en los papeles,
cuántos hospitales, cuántos
carruajes, cuántas señoras
sus casas han dedicao
para curar los geríos?
¿pa llenales de cudiaos?
¡Andalusía! pus hombe,
nenguno ha rayao más arto
en esta ocasion... osté
por juersa ha de estar chalao.
¿No ha visto osté suscrisiones
creser, creser por encanto,
y sin que iga el gobierno
que nesesita...
D. PEPITO. Yo... callo...
LARA. Cuando llegue la ocasion;
en cuanto que iga... «arsando!

(1) Debilísimo tributo de gratitud á un pueblo, á quien el autor debió en 1825 la más generosa acogida, y la más afectuosa benevolencia en otras épocas de su vida artística.

se nesesitan recursos;»
dende el Grande al artesano,
los hombres venden el fraque,
las mujeres el refajo.
¿No vé osté que se presentan
á miles los voluntarios?
¿no van á llegar tres mil
de los tersios provinsianos,
mosos como San Cristóbal,
que de cada puñetaso
echarán una *Kabilia*
por esos montes roando?
¡Pos digo los catalanes!
Mare mia del Sagrario!
En cuanto les diga un gefe,
que yo sé... ¡vaya un sordao!
«anem, nois, voto vá... er deo!»
al Emperaor, su hermano,
sus mujeres, sus cameyos,
sus jardines, sus esclavos,
los güerven botin de suiso,
en menos que canta un gallo.

D. Pepito. Pero la guerra...

Lara. La guerra...
En Africa la intentaron
Cárlos V, Fray Cisneros
de Jimenez, y aquel guapo
D. Sabastian, que murió
con casi tóos sus vasayos;
y sigun han dicho aquí
franseses, rusos, pursianos...
naide fué con más aquel,
ni es más prudente, más cauto,
ni más valiente tampoco,
como lo es *el gran cristiano*
como le yaman los moros.
Señor... ensanche osté el baso,

y no se ajogue en poca agua,
que hasta ahora semos los amos.

D. Pepito. Bueno... bueno: allá veremos.

Lara. (Aparte.) ¡Vaya un español pasguato!
(Señalando á Mister.)
Ese inglés, tan español...
(Id. á D. Pepito.)
y este tan... marra-fila-no.

ESCENA IX.

Dichos *y* JUANA, ROSA, *que salen de la cantina.*

Miss. (Aparte á su padre al ver el trage y arreos de Juana.)
¿Múquer es?

Mister. (A Lara.) Siñor sargenta...
¿qué es ista múquer armado?

Lara. ¿Esa? vénte pa acá, Juana:
(Aparte.) salúa.

Juana. Güenos y santos,
cabayero: señorita,
aquí estoy á su mandao.
¿Quié usté tomar una copa?
misté qué bueno lo traigo.
(Dá una copita de aguardiente á Mister y á su hija.)

Mister. (Despues de beber.)
¡Berrr! ¡forte!

Miss. (Aparte á su padre.) Mí no quérer.

Mister. (Id. á su hija.) Bebed vos.

(La Miss bebe haciendo gestos: luego se entretiene en examinar los arreos de Juana.)

Miss. Forte much... bono... olfato. (Oliendo el aguardiente.)

Juana. (Al oir á Miss, pregunta á Lara.)
¿Qué ice que no la entiendo?

Lara. La probe... que tiene flato.
(A Mister.)
Esta, onde osté la vé...

en el bosque de ayá abajo,
cayó herido un capitan,
al probe ayí lo ejaron.
Lo vé esta mosa, y ar punto
güerve á desandar lo andao:
la sale al encuentro un moro,
le sopla un pistoletaso;
carga con el gefe á cuestas;
cadáveres vá pisando;
y con la mayor frescura
me le dejó al hombre en sarvo.
¡Madrileña!

JUANA. Pa servirles.

MISTER. (Dando á su hija una moneda de oro.)
Tomad... vos, dala.

JUANA. Estimando,
que hay cosas en que el dinero...
es deshonra el aceptalo.

MISTER. (A Lara.)
¡Bon... tipa!

LARA. ¿Tipa?...

MISTER. Carácter.

LARA. Tipo... vamos... sí, ya caigo.

(Miss Clarisa se saca del dedo una sortija; mira á su padre; éste la hace señas de aprobacion; toma la mano de Juana y se la coloca en un dedo, diciéndola.)

MISS. Múquer, tómar.

JUANA. Muchas gracias.

LARA. (A Juana.)
¿Lo has entendio?

JUANA. Es muy claro.

LARA. Mira, Juaniya: ese moso, (Por D. Pepito.)
nenguna cosa ha encontrao
que aquí le guste: las dos...
á ver si podeis marealo.

JUANA. Déjalo... ¿Rosa?

ROSA. ¿Qué quieres?

JUANA. (Guiñándola un ojo.) Ayúdame.

(Rosa y Juana se acercan á D. Pepito, dejándole en medio.)

¡Hola, paisano!

D. PEPITO. ¿No eres andaluza tú?

JUANA. No señor; si soy del barrio
de la Paloma.

D. PEPITO. (Cogiéndola la barbilla.) ¡Bonita!

ROSA. (Dándole un pellizco.)
¿Y á mí no? ¡Jesús, qué ingrato!

D. PEPITO. (Haciéndola igual caricia á Juana.)
¡Monina! ¿Quereis veniros
á Madrid? si yo me pasmo
de veros aqui: dejad
este país, que yo presagio
que vais á perecer todos.

JUANA. ¡Qué dice usté!

ROSA. ¡Ay qué espanto!

D. PEPITO. Sí tal: aquí no hay arreglo;
de cólera hay muchos casos,
y el árabe vigilante,
el dia menos pensado
se lanza como una fúria...

JUANA. (Le pellizca.)
¡Ay, que vienen!

ROSA. (Idem.) Déme amparo.

D. PEPITO. ¡Niñas... que me atarazais!
ya me habeis puesto los brazos...

JUANA. Es el aquel del cariño.

D. PEPITO. ¡Vaya un cariño extremado!
Pues sí, como iba diciendo:
me vuelvo en el primer barco
que vaya á España; veníos;
vuestra suerte está á mi cargo.
Aquí estais... *trés mal placées.*
Vá á sufrir un descalabro
el ejército, y entonces,
se acoquinará el soldado...

JUANA. Miste, eso ya no lo sufro:

dejemos bromas á un lao,
que me quemo yo de ver
á un español tan marra... jo,
que por un momento dude
que hemos de salir triunfando.
¡Acoquinarse!.. ¡me quemo!
sabe usté... so esgalichao...

D. PEPITO. No te enfades. (Aparte.) ¡Qué mujer!

JUANA. Me dá la gana: me enfado
al escuchar á un silbante...
mastin... patiyas de á cuarto,
dudar que aquí... no le pego
en el buche un navajazo,
porque yo...

ROSA. Yo no me quito,
mosito é grasia un sapato,
y le pongo el josiquillo
como un tomate, que ar cabo
tengo yo mucha vergüensa.

D. PEPITO. (Aparte.)
Ya se conoce... ¡Canario!
¿Y á esto llaman bello sexo?
las dos son dos mari-machos.
(Se separa de ellas frotándose los brazos.)

LARA. (Acercándose.)
¿Pues qué...

JUANA. Náa, qué ha é ser?
que nos carga ese espantajo.

MISTER. (A Lara.)
¿E... pastañuelos?

LARA. ¡Caramba!
ya se me habia orvidao.
(A un soldado.)
Manoliyo... hombre... ese polo...
(Aparte.)
no lo perdereis... Rosario,
anda con él... (A Mister.) Verá osté

qué manera é jalealo.

(Un soldado y una muchacha salen á bailar: otro toma una guitarra y toca y canta. Los ingleses se colocan en medio, procurando Lara manifestarles la mayor atencion.—Juana coloca á D. Pepito en un taburete de madera, é intenta dejarle caer: aquel se recela y esquiva la proximidad de las cantineras. Los demás soldados y paisanos forman semi-círculo.)

BAILE.

—

MISS. (Muy contenta, reparte algunas monedas y dice:)
¡Perfectamente!... Quisiera....

MISTER. ¿Quereis vos?

MISS. Saber fandango.

MISTER. Sabreis vos.

MISS. Bailar á London.

MISTER. Bailar vos.

MISS. Comprar quitarro,
é pastañuelos... disir...
(Habla al oido de su padre.)

MISTER. (A Lara.)
Oh, yes: ¿poder traer... contado
moros prisioners?

LARA. Corriendo.
(Mirando hácia dentro.)
Justamente están sercanos...
ahí están: (A Salcedo.) Tráete al Pelon:
vá osté á ver un leongábalo.

(Váse Salcedo, volviendo á poco con el moro Santon, de que han hablado los periódicos, y cuya cabeza tiene una crespa, larga y herizada cabellera, que la dá el aspecto de la de Medusa, segun el retrato que hemos visto en Madrid: trae una túnica blanquizca hasta media pierna, la que y el pié ván descalzos.)

MISTER. ¿Tratar bien...

LARA. ¿Que si los tratan?
se ñascan cáa peaso
é carne, que es un primor.
Arrós, gayeta, garbansos...
si quisieran beber vino
lo beberian á jarros.

Son tan tontos, que no quieren:
Majoma ise que es malo...
cuando no lo ven los otros,
se dan argun latigaso:
acabarán por tomar
cáa chispa como un diablo.

SALCEDO. (Trayendo de un brazo al moro santon.)
Aquí está este puercu-espin.

(Al verle Miss Clarisa, se refugia al lado de su padre y dice.)

MISS. ¡Atrós!

LARA. (A Salcedo.) Que la has asustao!
(A Mister.)
Este isen que es un fraire
de eyos, y siempre er marvao
está pidiendo un ladriyo
pá isir misa... ¡cudiao
con las misas que dirá!

D. PEPITO. ¡Un infeliz... desgraciado,
que aquí estaria tranquilo,
y han venido á cautivarlo!
tome usted ¡pobre infeliz!

(Saca y le ofrece una moneda al moro, que le mira atentamente, y se adelanta hácia él dando un mugido: D. Pepito deja caer la moneda y se refugia detrás de Lara.)

¡Qué modos tiene!... qué bárbaro!

LARA. Como le cogiera á osté
un poco sotaventao,
veria osté el infeliz.
(A Salcedo.)
Yévatele de aquí largo...
y empuña... (Señalándole á la bayoneta.)

SALCEDO. Comu se mueva,
juru á brios, le despampanu.
(Sale Salcedo llevándose al moro.)

D. PEPITO. Yo he leido que el Coran
les manda vayan rapados.

LARA. Pos este, no sin misterio,

tiene esa mata é lagartos.
Era cosechero é miel,
y en esta tierra, en canastos
la guardan jondos y estrechos,
y sigun se iba acabando,
metía ese la cabeza
y sacaba de contao
cuatro arrobas en los pelos
pa vendela en el mercao:
por eso la tiene asin:
¿está osté?

D. PEPITO. ¡Qué error tan craso!

LARA. (A Lorenzo.)
Tráele el aleman.

LORENZO. Ya voy. (Yéndose.)

MISTER. Arábes... much... salvajos...
dreadful...

LARA. Si no se quieren
rendir por más que les damos
cuartel.

D. PEPITO. Y dígame usted:
¿es cierto que han cautivado
á una mora? que tendrá
los ojos negros, rasgados;
alta, esbelta, y con los dientes
preciosos, cual marfil blancos...
¡Oh! quién pudiera llevarla
á la córte, y en el Prado...

LARA. Ahí anda una estrosona
que es más fea que un macaco
con más roña... usté es podeta...
de juro.

D. PEPITO. Poetizo algo.

LARA. Ustés pintan las cosas,
siempre asin... desajerando,
y vá mucha iferensia
de lo vivo á lo pintao.

LORENZO. (Trayendo á un negrito del brazo.)
Aquí está este perro dogo.

MISTER. (Pierde su gravedad al verle, y rie á carcajadas, poniendo una mano sobre el hombro de Lara.)
¡El aleman! ¡Oh qué grasio!

LARA. (A Miss.)
Verá osté ahora, señorita:
vá osté á ivertirse un rato.
(Al Negro.)
Te daré media peseta,
como bailes aquel tango.

EL NEGRO. (Alargando la mano.)
Dáca.

LARA. Empues que lo bailes.

EL NEGRO. Neguito ya está bailando.

(El Negro canta y baila acompañado de la orquesta.)

TANGO.

—

Yo soy el nego Venega
que tiene mucho való,
y soy de la gualdia nega
de mi amo el Empelaó.
¡Pobesito nego!
un perro clistiano,
al niño aficano
le quiso matá.
¡A tiéla adojóme
como una pelota!...
con punta e bota
me hasía á mí andá!

———

Yo tocaba la tompeta,
y un húsale poco amabe,
me lompió toa la geta
con el puño é su sabe.

Cayó pisonelo
el pobe neguito
del husá maldito...
¡la ilaj ela ilaj!
Soldado quistiano
con gande chacota,
con punta é bota
me hasía á mí andá.

———

(Todos le aplauden: Lara le vá á dar una moneda de plata, pero Mister lo estorba dándole una de oro. El Negro al verla, la besa, se arrodilla y quiere besar las manos á Mister, diciendo:)

EL NEGRO. *Selám, Mojamet, en lá.* (Váse corriendo.)

LARA. Este no es como aquel otro;
este probe está mú manso.

(Oyense cañonazos lejanos, que figuran dispararse en Ceuta y en su rada. Músicas militares tocan himnos marciales: vocerío lejano, que se vá aproximando: percíbense las voces de «viva la Reina, viva España, viva el ejército, viva O'Donnell.» Movimiento, confusion. Todos se dirigen hácia el lado de la plaza. D. Pepito se manifiesta asustado, y se coloca disimuladamente detrás de todos. Miss Clarisa se aproxima á su padre.)

MISS. Isto... qué es?

MISTER. (A Lara.) ¿Qué desir quiere...

D. PEPITO. (A Juana.)
Jóven... ¿será algun rebato?

JUANA. (Cogiéndole del brazo.)
Si señor: vá usté á ganar
una cruz de San Fernando.

LARA. Chiquiya... deja al podeta.
Señores, mucho me engaño,
ó ya estamos en Tituan.
Cabal... el cañon del Hacho
anuncia una gran notisia...
corren gefes á cabayo...
y ván á los pabeyones
los ayudantes de campo...
De fijo... «¡Viva la Reina!»

A Tituan... echala un galgo.
(Dirigiendo la voz hácia dentro.)
Pero hombres, andad deprisa...
¡qué cachasa! Josú ¡me ardo!
¡Ay!... que viene un ayudante...
ya le conosgo... ¡es un bravo!

ESCENA ULTIMA.

El vocerío ha ido progresivamente aumentándose hasta este momento, que entra en la escena un grupo de soldados, trayendo en medio á un Ayudante de campo lleno de polvo, que figura venir de la plaza de Ceuta.

LARA. (Cuadrando y saludando.)
Perdone usté, mi Ayudante...
pero aquí estamos deseando...
AYUDANTE. Compañeros, ¡viva España!
En Tetuan flota gallardo
el pabellon español,
y huyendo lleno de espanto
el musulman, al desierto
vá su derrota llorando.
LARA. Pero... vengan pormenores...
¡por la Vírgen del Sagrario!
(Todos forman semi-círculo al rededor del Ayudante.)
AYUDANTE. Por laderas y por montes,
por playas y por breñales
el ejército español,
venciendo dificultades,
el camino de Tetuan
vá señalando con sangre.
Nada detiene su paso:
en vano intenta el alarbe
sorprender con triples huestes
á sus guerreras falanges.
La victoria le acompaña,
pues sus nobles capitanes

le dán por seguro premio
un triunfo en cada combate.
Su valeroso caudillo
grita «adelante! adelante!»
y ván abriéndose paso
por entre inmensos jarales,
como suele el javalí
con sus colmillos cortantes.
Así marchaba Cortés
con su escuadron indomable,
á conquistar un imperio
cruzando ignotos parages.
Los montes salvan por fin,
y ven en el fértil valle
á Tetuan, la muy preciada,
la perla de los sultanes,
el orgullo de Marruecos,
la alegria de los árabes.
Contémplanla los cristianos
con envidia: sus semblantes
anímanse con el fuego
que en sus fuertes pechos arde,
y como fieros leones
al punto quieren lanzarse
sobre su presa... El caudillo
contener su ímpetu sabe,
y enfrente de la ciudad,
prudente asienta sus reales.
Ya va ciñendo de bronce
sus contornos: los infantes...
herederos de las glorias
de nuestros tercios de Flandes,
al sitiado van poniendo
de sus fuegos al alcance.
Dispone los escuadrones
de ginetes arrogantes,
que refrenan sus corceles,

y sus fuertes lanzas blanden;
y en la procelosa costa
de aquellos inquietos mares,
meciéndose magestuosas
cierran el paso cien naves.
Triste é inquieto el muzlim
asómase á los adarves,
y presiente de su ruina
próximo el terrible instante...
Llegó por fin: el caudillo
saca la espada de Marte,
y á su fulgor, cien cañones
conviértense en cien volcanes,
que hacen retemblar la tierra,
que hacen rebramar el aire.
Avanzan los batallones;
brillan desnudos los sables,
suenan músicas guerreras
entonando himnos marciales;
vibra el agudo clarin;
redobla el sonoro parche;
«¡Isabel! ¡España!» dice
el soldado en voz unánime.
Y rota la hueste mora,
y exhalando tristes ayes,
perdida su artillería,
sus tiendas y sus bagajes,
corre á ocultar su derrota
en las quiebras del Atlante;
y cuando el sol con sus rayos
la niebla rompe y esparce,
en la más alta mezquita
deja ver el estandarte
de Castilla, que deslumbra
con sus colores brillantes,
como coronó en Granada
la torre del Homenage.

Así se ganó Tetuan,
la perla de los sultanes.
La Europa verá asombrada
este triunfo memorable,
que si víctima fué España
de disensiones fatales,
ora se levanta erguida
y volver por su honra sabe,
reconquistando aquel nombre
que la hizo temida y grande,
por tantos siglos de gloria
desde remotas edades.

LARA. (Con el mayor entusiasmo.)
¡Quisiera tener sien vidas,
y no serian bastantes,
para darlas por la pátria
que cria sordaos tales!

(A los soldados.)

Ea, muchachos, el hino
que me han dicho que ustés saben...
no hay que andase en requilorios,
que aquí no semos cantantes,
pues por tóo suplirá
la voluntad... y adelante!

(Cantan los soldados el siguiente himno.)

CORO.

Españoles, los ecos respondan,
«á la lid, á morir ó triunfar,»
y en la Libia llorando se escondan
derrotados, los hijos de Agár.

DOS SOLDADOS.

Si algun dia lloraba la España
de sus hijos el pérfido duelo,
hoy renace la gloria en su suelo,
y enarbola su noble pendon.

Hoy renueva los triunfos brillantes
de Gonzalo y Pulgar y Fernando;
hoy ejemplo á la Europa está dando
del poder de su fiero leon.

Coro, etc.

Temerario y audaz el riffeño,
insultando el pendon castellano,
imprudente y artero y villano
la altivez española escitó.
Sus guerreros cruzando el Estrecho,
desnudaron sus nobles espadas,
y en sus mismas fragosas moradas
derrotado el riffeño quedó.

Coro, etc.

FIN.

NOTA. Para facilitar la representacion de este Apropósito, puede suprimirse el himno, concluyendo con la relacion del AYUDANTE.

Habiendo examinado este Apropósito, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 1.° de Febrero de 1860.—El Censor de teatros, ANTONIO FERRER DEL RIO.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, calle de Carretas.
Gaspar y Roig, calle del Príncipe.
Durán, calle de la Victoria.